

First Submitted: 2 June 2022

DOI: <https://doi.org/10.33182/y.v3i1.2379>

## El baile de los que ¿sobran? Clases sociales emergentes y revuelta popular en el paro nacional de Colombia.

Alejandro Guerrero Hurtado<sup>1</sup>

*A Cristhian Hurtado Menece, cuya vida fue sesgada por balas oficiales la trágica noche del 9 de septiembre de 2020. Su sonrisa enorme y su esperanza eterna, serán la promesa de tiempos mejores para los pueblos*

### Resumen

*El objetivo del artículo es analizar las de acciones de protesta, jornadas de movilización y establecimiento de puntos permanentes de resistencia en el marco del Paro Nacional en Colombia. La perspectiva teórica del documento ve en las contradicciones propias del proceso de acumulación de capital en un período histórico determinado el fundamento material de la lucha de clases, de la cual los movimientos sociales son expresiones mediatas e indirectas. El análisis de fuerzas sociales y su contenido de clase, actualiza el debate sobre las formas de exclusión social en el capitalismo dependiente y el peso relativo de la superpoblación relativa en las manifestaciones de protesta social. En consecuencia, el artículo analiza tres momentos: el estallido social de 2019; la prolongación económica de las consignas políticas causada por la pandemia en 2020; y el momento de mayor volumen e intensidad de la movilización social en 2021.*

**Palabras clave:** Clase social; movimiento de protesta; crisis política; movimiento social; ciudad

### *The dance of those who are left over? Emerging classes and popular revolt in the national strike in Colombia*

### Abstract

*The objective of the article is to analyze the protest actions, mobilization days and establishment of permanent points of resistance in the framework of the National Strike in Colombia. The theoretical perspective of the document sees in the contradictions inherent to the process of capital accumulation in a given historical period the material foundation of the class struggle, of which social movements are mediate and indirect expressions. The analysis of social forces and their class content updates the debate on the forms of social exclusion in dependent capitalism and the relative weight of relative overpopulation in social protest demonstrations. Consequently, the article analyzes three moments: the social outbreak of 2019; the economic prolongation of political slogans caused by the pandemic in 2020; and the moment of greatest volume and intensity of social mobilization in 2021.*

**Keywords:** Social class; protest movements; political crises; city

### Fundamentos teóricos del análisis

En el curso de su proceso de acumulación, bajo condiciones históricas dadas, el capital crea contradicciones de carácter objetivo, independientes a la voluntad individual de cualquier

<sup>1</sup> Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: oaguerrero1991@gmail.com



actor, que dan forma y contenido al conjunto de clases sociales. La crisis capitalista actual y su extraordinaria densidad histórica reacomodan los campos de batalla donde se libra la contienda entre clases sociales.

La forma de acumulación contemporánea, comúnmente llamada neoliberal, acentuó modalidades de superexplotación propias del capitalismo dependiente latinoamericano: remunerar al trabajador por debajo del nivel de subsistencia y multiplicar la población desempleada, excedentaria desde el punto de vista de las necesidades de acumulación del capital. Así, sitúa las clases explotadas y grupos subalternos en una nueva trama de contradicciones que redefine sus perspectivas de agrupamiento antagónico.

En toda Latinoamérica se configuran espacios sociales donde se articulan proyectos alternativos: los sin tierra, los sin empleo, los sin techo, quienes constituyen nuevas centralidades en los movimientos sociales contemporáneos, que se debaten entre abrir espacios reivindicativos para ampliar su capacidad de negociación sobre sus condiciones de reinserción al proceso de acumulación como clase explotada o, en perspectiva antisistémica, relanzar un proyecto político poscapitalista.

No obstante, la clase social no aparece como un reflejo mecánico de las determinaciones económicas de una sociedad. Es la experiencia concreta de la lucha social, con su contenido cognitivo, valorativo y cultural, la que media la formación objetiva de un grupo social como clase. Esta idea, propuesta por E.P. Thompson (1991), es clave para captar la subjetivación política como proceso histórico, situado en la relación entre estructura y proceso, enriquecido por prácticas disruptivas más o menos espontáneas prefiguradas a través de actividades de protesta, saberes colectivos y memorias comunes.

La historia de las clases populares se articula en condiciones relacionales de la lucha social, en ella un grupo logra autodefinirse y comportarse como una clase social con intereses, valores y visiones propias del mundo, hasta irrumpir como sujeto político. En síntesis, en el terreno objetivo de la forma de reproducción material de una sociedad, no hay clases sociales al margen de las condiciones histórico-concretas de la lucha de clases (E.P. Thompson, 1991).

Ahora bien, dicho proceso ocurre en el tiempo histórico, “ritmado por la lucha e interrumpido por las crisis, acompasado por aceleraciones y ralentizaciones” (Bensaid, 2013, p. 37). De entrada, este artículo ubica la coyuntura del Paro Nacional en un momento histórico excepcionalmente denso, que eleva la intensidad del conflicto social y lo presenta como una confrontación abierta entre clases sociales. El período es considerado, por tanto, como la condensación de una época que trasciende el acontecimiento inmediato, al propio Paro Nacional, y abre al análisis la formación, desarrollo y extinción de fuerzas sociales, perspectiva que busca recuperar la historicidad de los procesos (Osorio, 2019).

Como se verá a continuación, el horizonte moral e ideológico del ciclo de protestas que vivió América Latina en 2019 aglutinó sectores que, desde el punto de vista de las necesidades medias de valorización del capital, resultan ser población excedentaria. El ascenso de expresiones artísticas de la cultura popular como “el baile de los que sobran” y “un violador en tu camino”, devela que la protesta contra la exclusión social se convirtió en una de las expresiones conscientes de la lucha de clases en ese momento de su desarrollo; proceso que es preciso subrayar, pues imprimió paulatinamente su propia lógica al conjunto de manifestaciones de inconformidad.



El problema de la superpoblación relativa, esto es, el exceso de fuerza de trabajo en relación a la capacidad técnico-social de explotación del capital, ha hecho parte de un largo debate teórico y político en América Latina, que centró su atención en la contradicción entre la rápida urbanización y la baja capacidad de la industria naciente para absorber fuerza de trabajo, origen del desempleo estructural en América Latina (Jaramillo, 1983).

La teoría de modernización, impulsada desde centros hegemónicos de pensamiento, señaló la existencia de factores internos que obstaculizaban el despegue económico de las sociedades latinoamericanas, respecto al modelo de los países desarrollados. En ese contexto, el concepto de marginalidad, sujeto a la misma concepción funcionalista, planteaba la existencia de distintos grados de integración a la vida económica y política plenamente desarrollada<sup>2</sup>.

Aún hoy, con una nueva oleada de conceptos, esta línea de pensamiento sigue siendo dominante, señalando como causas explicativas de la informalidad y el desempleo a los altos salarios, la organización sindical y la baja cualificación de la fuerza de trabajo, es decir, atribuyen el problema de la superpoblación relativa a los rasgos de la oferta de mano de obra y no, como se postula desde enfoques críticos, a la estructura de demanda (Nun, 1969), esto es, al nivel medio de desarrollo técnico en cada período del ciclo de acumulación y, en un nivel más concreto, a los rasgos particulares de dicho proceso en formaciones sociales dependientes, como la colombiana.

Ciertamente, por su carácter dependiente, la formación económico-social colombiana combina relaciones de producción y modalidades de explotación de la fuerza de trabajo subordinadas al proceso mundial de acumulación capitalista. De allí que el proceso industrializador que inició en la década de los 30's y se prolongó hasta finales de los 80's se basara en transferencias tecnológicas de baja demanda relativa de fuerza de trabajo (Arrubla, 1964), altamente concentradas en unidades de producción cuya gestión dependía de la asociación de la burguesía industrial emergente –nacida en las entrañas de la actividad agroexportadora de café- y el capital monopolista, de origen estadounidense.

Es posible apreciar, entonces, la diferenciación cualitativa del proceso de acumulación en Colombia desde los años 50's, entre facciones del capital capaces de elevar la productividad en las ramas altamente concentradas, y, por otro lado, sectores más atrasados con formas manufactureras de menor composición orgánica, que tendieron a compensar su situación desventajosa con distintas modalidades de superexplotación<sup>3</sup> de la fuerza de trabajo (Jaramillo, 1981). Por las contradicciones de su propio desarrollo, la industrialización adquirió rasgos monopólicos de forma temprana y entró en una fase de saturación relativa del mercado de bienes de consumo a finales de los 60's, pues la generalización de los bajos salarios y el desempleo acotó aún más el ámbito de la circulación mercantil.

Una primera síntesis teórica señala, entonces, que el desempleo estructural y el empleo informal no fueron resultado de procesos disfuncionales de transición a la modernidad que prolongan la marginalidad, al contrario, son consecuencia de las formas desiguales de

<sup>2</sup> Para ampliar el debate sobre la marginalidad urbana, ver: Quijano, A. (1966). Notas sobre el concepto de marginalidad social.

<sup>3</sup> La categoría superexplotación fue propuesta por Ruy Mauro Marini para referirse a la modalidad de explotación de la fuerza de trabajo predominante en capitalismo dependientes, supone que la remuneración salarial violenta el valor de la fuerza de trabajo, es decir, no equivale al conjunto de medios de consumo necesarios para asegurar la reproducción del trabajo y su familia de acuerdo a nivel de desarrollo medio de las fuerzas productivas en una sociedad. Ver MARINI, Ruy Mauro (1977): *Dialéctica de la dependencia*. Ediciones ERA, México D.F. Pág. 40.

articulación al régimen de producción capitalista y contribuyen a su expansión (Pradilla, 1987). Al referirse a este problema, Jaime Osorio (2012, 109) ha planteado que:

*“La exclusión en el capitalismo no es sino una cara particular de la inclusión en la valorización y dominio del capital, y expresa el exceso de una universalidad que integra expulsando. Por ello, cuando las ciencias sociales piensan la exclusión como un elemento exterior, como un algo ajeno, sus soluciones pasan por pensar en cómo incluir lo que de suyo ya está incluido”*

Por supuesto, este enfoque es útil para entender la formación del ejército industrial de reserva en Colombia en un período de industrialización dependiente. No obstante, la crisis de dicha forma de acumulación a finales de los 80's, plantea el problema de las configuraciones emergentes del capitalismo dependiente contemporáneo y las formas de exclusión social que le son propias. Es posible identificar líneas generales para el caso colombiano:

a. Los cambios en la forma de inserción al mercado mundial dentro de una nueva división internacional del trabajo que, a diferencia de países como México, no incorporó al país en proceso productivos a escala mundial.

b. La transformación del sector externo desplazó a la producción cafetera como fuente de divisas, controlada por una facción agroexportadora de la burguesía nativa, sentando las bases de un esquema de extracción minero-energético con alta participación de capital extranjero con, al menos, dos consecuencias: la forma de acumulación emergente profundiza la especialización primario-exportadora del país, acelerando la descomposición del campesinado y otras formas de organización comunitaria, desplazadas hacia las ciudades; en segundo lugar, la transferencia de valor hacia los centros mundiales de acumulación condiciona la reinversión productiva en la economía local, que se sujeta con mayor fuerza a mecanismos de subordinación económico-monetarias, como el tipo de cambio.

c. La crisis de sobreproducción que puso fin al período de industrialización dependiente, agudizó los rasgos monopólicos de la economía, acentuó la parálisis productiva y aceleró el desarrollo de formas parasitarias del capital, desplazando el eje de acumulación al gran capital bancario. Por tanto, la transformación objetiva de la forma de acumulación mundial de capital se inserta en el juego de fuerzas al interior de la burguesía colombiana: consolida la posición hegemónica de facciones monopolistas entrelazadas con el gran capital; dinamiza el ascenso de grupos vinculados a actividades criminales; y somete a las clases medias y pequeñas burguesías, rurales y urbanas, a la tendencia del sistema a expulsar de las actividades productivas a masas crecientes de la población.

Se trata, entonces, de una forma de acumulación que funciona sobre la base de la redistribución de plusvalía proveniente de una estructura monoexportadora, en el que la reproducción ampliada de capital a través de unidades productivas, dispersas y de menor importancia económica, es subordinada a la lógica dominante del capital especulativo. Las manifestaciones inmediatas de este proceso, como la desindustrialización de la economía, la expansión del sector terciario, la informalidad laboral y la creciente precarización de las condiciones de trabajo, han sido mejor caracterizadas que los mecanismos contradictorios que las determinan.

Existe evidencia estadística que ofrece pistas sobre la magnitud de la superpoblación relativa en Colombia: **a.** Según el DANE, (Departamento Administrativo Nacional de Estadística) en 2021 el 42,5% de la población estuvo en condición de pobreza y 7,4 millones de personas por



debajo de la línea de pobreza<sup>4</sup>, esto es, 28 millones de trabajadores que no constituyen demanda solvente, de cuyo consumo puede prescindir el capital para su reproducción. **b.** En 2019 el 22,6% de los jóvenes en Colombia no estudiaban ni trabajaban<sup>5</sup>, fenómeno mayormente concentrado en las mujeres; el conjunto conforma población excedentaria respecto a las necesidades medias de valorización del capital en la producción o la circulación mercantil.

Con esto, vuelve a primer plano el problema de la superpoblación relativa y los cambios en la situación objetiva de una amplia capa de las clases trabajadoras, excluidas tanto del proceso de producción de plusvalía como del ámbito del consumo. No obstante, aún sin relaciones funcionales inmediatas con la forma hegemónica de acumulación<sup>6</sup>, siguen incorporadas en ámbitos de la circulación de capital o sometidos a modalidades más intensas de explotación, entre otros, dos grupos: los desocupados y, por otro lado, trabajadores auto-empleados –no asalariados- en pequeñas unidades de producción mercantil simple, en la venta ambulante que conforma los eslabones minoristas del gran capital comercial o aquellos dedicados a prestar servicios al consumo a través de plataformas tecnológicas.

### **Las señales de un estallido social: el Paro Nacional de 2019**

En la coyuntura histórica del Paro Nacional, que inició el 21 de noviembre de 2019, se combinó lo estructural y lo espontáneo: los cambios inesperados con la irrupción intempestiva de nuevos protagonistas políticos, provenientes del desarrollo contradictorio de la acumulación de capital. El intento del gobierno Duque de implementar una reforma tributaria, pensional y laboral desencadenó el primer ciclo de movilizaciones masivas: las centrales obreras convocaron una jornada de protesta contra las reformas que se prolongó hasta mediados de diciembre de 2019.

La respuesta social en las grandes ciudades fue masiva por esos días, sus alcances difíciles de prever; el volumen de la movilización no fue calculado por las dirigencias sindicales y demás sectores articulados en el Comité Nacional de Paro (CNP, en adelante), que rápidamente fueron desbordados por el salto político de las consignas económicas, multiplicadas en amplitud y alcance por la crisis de legitimidad que ya experimentaba el gobierno de Duque. El 21 de noviembre hubo marchas multitudinarias a escala nacional y, espontáneamente, cacerolazos nocturnos: el llamado a la movilización se transformó en un ejercicio auto-convocado de protesta social que se prolongó por ocho semanas más.

Por su propio nivel de desarrollo, intenso y vertiginoso, la protesta social configuró tensiones entre las cúpulas sindicales y fuerzas sociales emergentes que disputaban el carácter y alcance del Paro. Un sector mayoritario de las dirigencias sindicales articuladas en el CNP perfiló la jornada del 21N como una sola marcha multitudinaria, contenida en los gestos rituales de su tradición reivindicativa (García, 2011): movilizar para pactar con el gobierno y, logrado el

<sup>4</sup> Salazar, C. (2021, 30 de abril): Más de 21 millones de personas viven en la pobreza y 7,4 millones en pobreza extrema. La República. <https://www.larepublica.co/economia/mas-de-21-millones-de-personas-viven-en-la-pobreza-y-7-4-millones-en-pobreza-extrema-3161813>

<sup>5</sup> Manrique, D. (2021, 23 de septiembre): radiografía de los “nini” en Colombia, un fenómeno con rostro de mujer. Periódico UNAL. <https://unperiodico.unal.edu.co/pages/detail/radiografia-de-los-nini-en-colombia-un-fenomeno-con-rostro-de-mujer/>

<sup>6</sup> Al respecto, un caso típico es el de los trabajadores informales, que forman el 44,7% del mercado laboral del país, son excluidos de las líneas de crédito de consumo y crédito hipotecario; por tanto, al menos 4 de cada 10 trabajadores quedan fuera de la demanda de vivienda de interés social. La idea de la diferenciación objetiva del mercado de trabajo a las formas dominantes y subordinadas de organización productiva fue originalmente propuesta por José Nun (1971, 21).

objetivo, contener ante la falta de preparación política de las masas para un levantamiento de mayor alcance.

A pesar de esto y de la estrategia del Estado para contrarrestar la movilización, que articuló medidas represivas por medios violentos con acciones psicológicas y de propaganda para restar legitimidad a la protesta<sup>7</sup>, el carácter multitudinario del Paro se enriqueció con marchas, asambleas y muestras artísticas. En dicho proceso confluyeron fuerzas sociales ya organizadas, que funcionaron como corrientes renovadoras, y expresiones emergentes de la lucha social, aún espontáneas y poco organizadas, que desbordaron la capacidad de encuadramiento político del CNP. A continuación se presentan algunos elementos de análisis de dichas fuerzas.

### ***Antecedentes históricos del Paro Nacional***

Como un signo de condensación histórica, la coyuntura arroja indicios de que el proceso de acumulación política que desembocó en el Paro Nacional inició mucho antes, en 2008:

a. Se configuraron paulatinamente los factores que explican la profundidad de la crisis política actual: el lento desgarramiento de los consensos políticos al interior del bloque de poder, que desde finales de los 90 había articulado a facciones emergentes de terratenientes con las burguesías bancarias e industriales tradicionales, además del gran capital transnacional; y, en segundo lugar, el agravamiento de la miseria material de las clases trabajadoras, que tocó fondo con la emergencia sanitaria provocada por la pandemia en 2020.

b. Se intensificó considerablemente la actividad organizativa del movimiento social a escala nacional: los procesos de organización comunitaria que enfrentaban la ocupación paramilitar en áreas rurales dieron un salto de calidad: crearon formas embrionarias de protesta presentes en ciclos de movilización posteriores, incluido el Paro Nacional. En ese momento, experiencias regionales como la Minga Indígena –promovida por el CRIC– articularon espacios nacionales de movilización desde el suroccidente del país, denunciando los efectos de la minería, la agroindustria y los cultivos de hoja de coca sobre las formas de propiedad colectiva de la tierra y la producción local tradicional.

De esta forma, el liderazgo político de las luchas sociales en áreas rurales impulsó escenarios de reagrupamiento como el Congreso de los Pueblos (2010) y la Marcha Patriótica (2012), con coyunturas muy intensas de movilización como el Paro Agrario de 2013 y las acciones de protesta desarrolladas por las organizaciones indígenas en 2010, 2012 y 2015.

c. En las ciudades el ritmo de la movilización tampoco cesó, con mayores o menores niveles de beligerancia. Las luchas estudiantiles en contra de la privatización de las universidades públicas confluyeron en escenarios nacionales de coordinación como la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (2011) y la Unión Nacional de Estudiantes Universitarios (2018). Al tiempo, se profundizaron las expresiones organizativas del movimiento feminista, ubicado en un contexto latinoamericano de revolución cultural de profundas implicaciones, que ha impulsado la despatriarcalización de la vida social, señalando prácticas y métodos al interior del movimiento social que reproducen violencias y formas de exclusión en contra de las mujeres.

---

<sup>7</sup> Ver Cancino, D. y Cifras y Conceptos (2020): *Persiguiendo fantasmas*. Consultado en: <https://cifrasyconceptos.com/wp-content/uploads/2020/08/Persiguiendo-Fantasmas.-Final.pdf>



En síntesis, resulta cierto que a través del ‘estallido social’ de 2019–2021 las clases populares irrumpieron masivamente en el ámbito de la disputa política; no obstante, este proceso correspondió a un nivel de desarrollo cualitativo de la protesta social en su conjunto, que comenzó a gestarse con los procesos descritos con anterioridad. A partir de 2008 se configuraron laboratorios de fuerzas sociales que conformaron una cantera estratégica de dirigentes de base que han ayudado a cualificar el actual período de movilización social: líderes juveniles que han madurado en expresiones cívico–populares; activistas estudiantiles transformados en dirigentes sindicales y cuadros políticos con experiencia organizativa, etc.

### ***Los colectivos juveniles: ¿un sujeto de clase en ciernes?***

Sin duda, muchas de las dirigencias del movimiento social y político agrupadas en el CNP vieron con recelo las expresiones espontaneas fuera de su control en el Paro Nacional. La irrupción de los jóvenes en el Paro Nacional de 2019 fue tan espontánea y masiva como desordenada y dispersa. Sin embargo, resultaría poco útil considerar las razones por las que los jóvenes no participaron en el Paro de acuerdo a las expresiones convencionales y distintivas de una huelga obrera (Luxemburgo, 2003); de mayor relevancia es identificar las razones por las cuales se movilizaron tal como lo hicieron: una incursión espontánea en el terreno de la política con demandas y reivindicaciones propias y con formas que desafiaron abiertamente los métodos tradicionales de movilización.

Este hecho supone que se debe partir de una cuestión general: en las condiciones que actualmente impone el capital en materia de organización del trabajo, ¿en qué escenarios de la producción y circulación de capital son ubicados los jóvenes como fuerza de trabajo precarizada?, ¿en qué proporción los jóvenes son ocupados laboralmente y en qué otras constituyen fuerza de trabajo excedentaria, desempleados sometidos a mecanismos de control y exterminio social?, no menos importante, ¿dónde se expresa el proletariado juvenil, ya no solo como clase objetivamente formada, sino como expresión concreta de la lucha social?, ¿lo hace en los ámbitos de la producción –jóvenes obreros en pequeñas unidades productivas–, en el de la circulación –vendedores informales, vendedores en tiendas y plataformas comerciales, etc.– o en el ámbito de la reproducción –luchando por mejores condiciones para sus barrios y acceso a bienes básicos de consumo colectivo–?

Por supuesto, la relación entre el nivel de desarrollo material de las relaciones de producción y sus expresiones en el terreno de la lucha de clases no es mecánica, se manifiesta como tendencia con ajustes, mediaciones y desfases históricos, en este caso de hasta 30 años. Las formas de movilización y protesta de estos colectivos juveniles son sintomáticas de una condición popular políticamente emergente, que difícilmente se encuadra en las expresiones tradicionales del movimiento obrero–sindical o estudiantil: son los sin techo, sin trabajo, sin educación, sin ahorro pensional (Aguirre, 2012).

No obstante, estas fuerzas emergentes se manifestaron en el Paro Nacional de 2019 de forma dispersa y voluntarista, lo que da cuenta del nivel de penetración ideológica de la pequeña burguesía intelectual de rasgos posmodernos: en el ascenso vertiginoso de las capacidades de lucha de este sujeto de clase embrionario tendieron a recomponerse sus rasgos subalternos. La reconfiguración material del mundo del trabajo ha disciplinado a las capas emergentes de trabajadores y desempleados en el individualismo urbano (García, 2011); sin previsibilidad obrera, estabilidad geográfica o experiencia sindical, veían en la organización o cualquier

consideración estratégica de alcance nacional una talanquera para la expresión espontánea de la lucha social<sup>8</sup>, casi siempre de carácter local.

### ***Ascenso y radicalización de clases medias urbanas: la escenificación de la protesta***

En el Paro Nacional de 2019 fueron comunes acciones de protesta masivas desplegadas en áreas de la ciudad en las que tradicionalmente no se escenificaba la protesta social. Ese año fueron comunes las ‘besatonés’, tomas culturales y muestras musicales que rechazaban abiertamente las acciones violentas como herramienta de presión o negociación en áreas pericentrales del norte y occidente de Bogotá, en lugares como el Park Way (Teusaquillo) y el Parque de los Hippies (Chapinero).

Esta dimensión de la protesta social contenida en el Paro Nacional es significativa, pues incorpora a una clase media urbana<sup>9</sup> crecientemente radicalizada que se ha constituido como fuerza política en la última década, justamente desde 2008. Por supuesto, su presencia en el terreno de la lucha de clases presupone su existencia como sujeto social, construido en el modo material de reproducción del conjunto de la sociedad, que es posible asociar a tres procesos:

**a.** Las características del proceso industrializador en Colombia en los 50 y 60, por su carácter dependiente, creó una capa de asalariados relativamente mejor remunerados, pequeñas burguesías en ámbitos manufactureros de la producción y burocracias estatales, con *habitus*, actitudes y formas de socialización política que se han prolongado en el tiempo.

**b.** El desmantelamiento del aparato productivo en los 80 y 90 aceleró la diferenciación objetiva al interior de las clases trabajadoras, creando un sector de trabajadores autoempleados en la economía informal que se perciben a sí mismos como propietarios o ‘emprendedores’.

**c.** La creciente precarización de capas de profesionales en la rama de servicios en la última década, que han resentido el deterioro material y simbólico de sus condiciones de existencia, por lo que su nivel general de vida se acerca cada vez más a los de las clases trabajadoras (Antunes, 2019).

El aspecto que aquí se quiere señalar es que, alrededor del punto de inflexión de 2008, un sector de estas clases medias se desprendió paulatinamente del proyecto político–militar del uribismo, buscando formas de expresión más autónomas de su agenda política a través de vehículos como el Partido Verde. De esa forma han protagonizado fenómenos como la Ola Verde (2010), acciones de protesta en apoyo al movimiento estudiantil y la consulta popular anticorrupción (2018).

Sin duda, el clima político del proceso de paz en Colombia creó una coyuntura favorable para este sector, que se vio reflejada en los resultados de las presidenciales de 2018. No obstante, la intensificación de la lucha de clases que se traduce en el Paro Nacional ubica a las clases medias urbanas en el filo de la lucha contra el régimen, por un lado, y la subsistencia del

---

<sup>8</sup> En su análisis sobre los grupos ultraizquierdistas en contextos de crisis económica, Theotonio Dos Santos (2020, p. 274) se refirió a estos sectores como “una expresión no articulada de la rebelión de los propios trabajadores en contra del burocratismo, del reformismo, de la capitulación, del cretinismo parlamentario, de la corrupción que se desarrollan en las etapas de estabilidad económica”.

<sup>9</sup> El enfoque teórico de este artículo es crítico de las definiciones estadísticas e ideológicas de las ‘clases medias’ difundido por instituciones como el DANE, para referirse a las clases asalariadas de menor ingreso.

Para ampliar esta discusión ver: Marín, R., La pequeña burguesía y el problema del poder y Osorio, J.(2017): el desmesurado peso político de la pequeña burguesía.



modelo económico que asegura su existencia social como clase, con todo y sus prerrogativas, por otro. De allí que en sus formas de protesta predomine la teatralidad de la disputa simbólica en las áreas de la ciudad que habitan, para encarnar el espíritu de legalidad contra un régimen que consideran corrupto, y no las acciones de hecho en la periferia urbana que ponen en riesgo el mecanismo social de producción y circulación de capital, que no dudan en condenar.

Hasta 2019, la influencia ideológica de estas clases medias y pequeñas burguesías urbanas había logrado asumir la conducción moral y política de otros grupos sociales, entre ellos varias capas de jóvenes trabajadores y elementos del movimiento estudiantil, la mayoría de los cuales tiene niveles adecuados de preparación académica e ingresos económicos aceptables, pero que experimentan las trabas estructurales a la movilidad social ascendente de las clases populares.

Este factor ha profundizado la complejidad de expresiones de protesta en el Paro Nacional que invitan a pensar la mixtura del movimiento juvenil, frecuentemente englobado en clasificaciones etarias poco precisas. Ciertamente, la intensificación de la lucha social entre 2019 y 2021 ha señalado tensiones no resueltas entre elementos de las clases medias urbanas, incluida su esfera social de influencia ideológica ampliada, y expresiones de lucha de jóvenes que no están incorporados, o solo parcialmente, al ámbito estudiantil o laboral, sobre los que recayó buena parte del peso de la movilización en 2020 y el Paro Nacional de 2021.

De allí que cuando las expresiones de protesta de los colectivos juveniles perdieron intensidad y se diluyeron a mediados de diciembre, el conjunto del Paro Nacional entró en una fase de latencia. A pesar de su contundencia, el volumen de protesta no desarrolló un hito resolutivo con resultados concretos: la caída del régimen, una mesa de negociación, concesiones parciales constatables; en cambio, el gobierno capitalizó a su favor las tensiones entre el CNP y el resto de fuerzas sociales movilizadas, combinando acciones represivas focalizadas con medidas de desgaste político, a través de la Conversación Nacional, que solo aplazó las acciones de protesta hasta una nueva fase de exacerbación de las tensiones.

### **La fase de latencia del Paro Nacional: los efectos de la pandemia en 2020**

Por supuesto, hay aquí debate sobre la fase de transición que significó la emergencia sanitaria provocada por la pandemia que, se sostiene aquí, profundizó el contenido económico de las consignas políticas esbozadas en 2019. En ese contexto, el carácter político de la primera etapa del Paro Nacional creó una situación de agitación generalizada, cualificando las acciones diarias de protesta en medio de la pandemia: los cortes de ruta en barrios, ocupación de lotes y cacerolazos ya se habían instalado como medios legítimos de lucha social, la espontaneidad aparente de estas formas de protesta reflejó el momento crítico del conflicto social y político en su conjunto.

La consigna reivindicativa de carácter económico, en contra de las respuestas estatales a la pandemia que acentuaron los rasgos excluyentes del modelo económico, se convirtieron en la forma subsiguiente de la lucha política en contra del gobierno<sup>10</sup>; de allí que la lucha social, en el contexto inmediato de la pandemia, se haya desarrollado en dos frentes: uno de carácter reivindicativo–económico, para que el Estado mitigara los efectos económicos de la crisis; y

---

<sup>10</sup> Rosa Luxemburgo (2003, p. 176) esboza la relación entre las reivindicaciones económicas de la huelga de masas y la intensificación de la lucha política contra el zar: “la lucha económica no fue un retroceso, una dispersión de la acción; se trató de un cambio de frente, de la alteración súbita y natural del primer enfrentamiento generalizado con el absolutismo en el choque generalizado con el capital”.

otro abiertamente político, en contra de la brutalidad policiaca, que alcanzó su máxima expresión en las fatídicas jornadas del 8, 9 y 10 de septiembre de 2020.

Las crudas expresiones de protesta de 2020, verdaderas huelgas de hambre y por techo en la lucha por la supervivencia diaria, puso en evidencia las contradicciones del modelo económico. En Bogotá, ciudad del rebusque diario y la informalidad, los primeros en protestar en contra de las medidas de confinamiento fueron aquellos que perdieron la calle como espacio de existencia económica: pequeños vendedores informales que difícilmente se resignaron al dilema de “morir de hambre o morir de gripa”, convertido en consigna.

De forma acelerada, la crisis se fue ahondando y aparecieron nuevos núcleos de protesta en la secuencia implacable de las necesidades más apremiantes: de la lucha en contra de la cuarentena, que cifraba el rebusque diario en el derecho al trabajo, a los trapos rojos colgados en las ventanas, pasando por la ocupación de predios para hacerse a un techo, hasta rematar en las huelgas de hambre.

Por supuesto, la reconfiguración de la protesta social transformó sus manifestaciones espaciales en Bogotá. En la primera etapa del confinamiento las avenidas se desocuparon, las plazas y parques pericentrales perdieron importancia como espacio de encuentro y, con ellas, la centralidad de las clases medias urbanas; los despidos masivos y el agotamiento de los ingresos económicos desató conflictos sobre las líneas de tensión ya tradicionales, entre ellos, la vivienda.

A finales de mayo de 2020 cientos de familias se instalaron en predios de Altos de la Estancia, localidad de Ciudad Bolívar, para levantar palos y tejas que les sirvieran de vivienda: inicia el desalojo y se agudiza la crisis humanitaria<sup>11</sup>. Ya en junio, en un proceso de asentamiento que combinó la acción de tierreros y formas más espontáneas de ocupación, el fenómeno se extendió a Ciudadela Sucre, en Soacha, a unos cuantos kilómetros de Altos de la Estancia; de nuevo el desalojo violento, ejecutado por policía y ejército, intervención que cobró la vida de Duvan Aldana, un joven de 15 años.

De esta forma, un incidente fortuito, algo tan poco predecible como una pandemia, funciona como elemento disparador de acciones espontáneas que profundizan el carácter de la lucha social y aportan mayor complejidad a la disputa política (Luxemburgo, p. 188). Alrededor de las luchas por techo y la crisis de vivienda de 2020 en Bogotá, se articularon iniciativas como las Brigadas Humanitarias en Ciudad Bolívar y Soacha, se consolidaron colectivos de derechos humanos y las expresiones cívico–populares se dieron formas organizativas propias, como el Albergue Humanitario creado en Ciudadela Sucre en agosto de 2020.

Ciertamente, las grandes movilizaciones de 2019 dieron paso a multiplicidad de iniciativas a escala local, especialmente concentradas en las periferias de Bogotá. El barrio volvió al primer plano, su importancia como cantera de la actividad organizativa se adaptaba mejor a las restricciones sanitarias y a la experiencia acumulada de los procesos organizados. Las acciones de protesta a finales de 2019 crearon un estado de ánimo propicio para movilizarse: las redes de acción se desplegaron y se organizaron en jornadas de solidaridad, en actividades de recolección de víveres y gestión de la crisis: la olla comunitaria se volvió un signo de esto;

---

<sup>11</sup> Barriga, M (2020, 24 agosto): Bogotá. Mujeres, desalojos y resistencias en Altos de la Estancia. Desde Abajo. <https://www.desdeabajo.info/ediciones/item/40341-bogota-mujeres-desalojos-y-resistencias-en-altos-de-la-estancia.html>



además, muy generalizada en barrios de Cazucá como Carlos Pizarro y Minuto de Dios, donde salieron a la calle exigiendo soluciones para la crisis de seguridad alimentaria que amenazaba su subsistencia.

No obstante, el ascenso vertiginoso pero disperso de las acciones de protesta de carácter reivindicativo difícilmente pudo ser interpretado por las instancias de coordinación creadas durante el Paro Nacional de 2019. A pesar de su fertilidad y riqueza, las luchas populares que hicieron de la ciudad su terreno de batalla cerraron 2020 buscando expresiones propias para madurar sus aspiraciones, lejos del encuadramiento organizativo de sindicatos, organizaciones y partidos de izquierda. Los espacios de articulación como comités locales, heredados por el Paro Nacional de 2019, no supieron evolucionar y adaptarse a las nuevas condiciones, su dinámica fue cortada de tajo por el confinamiento; las asambleas se debilitaron rápidamente como espacio de construcción de propuesta política y se convirtieron en la suma de voluntades dispersas.

Pero la situación de agitación social y política solo se propagó en Bogotá hasta septiembre de 2020: el martes 8, Javier Ordoñez, trabajador y estudiante de derecho, fue golpeado hasta morir por dos patrulleros de la policía nacional del CAI de Villa Luz, al occidente de la ciudad; las imágenes del hecho se difundieron rápidamente en medios de comunicación y redes sociales. Durante el 9 y 10, toda Bogotá fue escenario de un levantamiento popular generalizado y espontáneo: grupos dispersos tomaron por la fuerza 72 Centros de Atención Inmediata de la policía, institución que respondió con acciones represivas desproporcionadas. El saldo: 581 heridos y 13 ciudadanos muertos en el Verbenal, Timiza y Soacha<sup>12</sup>.

En este punto, vale la pena preguntar ¿por qué un hecho de brutalidad policial, aparentemente aislado, desencadenó un levantamiento urbano de estas proporciones en un país con un alto número de opositores, defensores de derechos humanos y líderes sociales asesinados cada semana? Lo ocurrido del 8 al 10 de septiembre demuestra que el ascenso de la movilización social alcanzó una nueva etapa “donde las identidades estables y conformistas de las clases subalternas se licuan y todo se vuelve un torbellino creador” (García, 2011).

Como un signo de condensación histórica, el sedimento ideológico y cultural de las viejas complacencias es removido en cuestión de meses, semanas y días, profundizando la crisis de legitimidad de los grupos dominantes y la visión del mundo que han instalado durante décadas. En la multitud urbana actuante, plenamente movilizada como clase social y con mayores niveles de consciencia, la economía moral<sup>13</sup> de la protesta social responde a hechos que supondrían un episodio ‘normal’ de brutalidad policial en épocas de aparente calma.

En la otra orilla, los elementos más comunes del relato dominante, desplegados a través de acciones psicológicas y de propaganda, se hicieron obsoletos por esos días: señalar como ilegítima la protesta por ‘vandalizar bienes públicos’, por ser parte de una estrategia de ‘revolución molecular disipada’<sup>14</sup> o estar infiltrada por la insurgencia, fueron recursos insuficientes para contener el estallido social. La única herramienta a la mano fue la represión

<sup>12</sup> Díaz, N. (2021, 8 de septiembre): 9S: La noche de terror que marcó un antes y un después en la protesta social. El Espectador. <https://www.elespectador.com/bogota/9s-la-noche-de-terror-que-marco-un-antes-y-un-despues-en-la-protesta-social/>

<sup>13</sup> Concepto propuesto por E.P. Thompson, como pauta de ordenamiento normativo de la sociedad desde la vida cultural y moral de los pobres, que define un umbral de agravios que puede activar respuestas colectivas si es trasgredido. Ver Thompson, Edward (1995): *Costumbres en Común*. Editorial Grijalbo.

<sup>14</sup> Gómez, G. (2021, 4 de mayo). Uribe, la revolución molecular disipada y la protesta como objetivo militar. El Espectador. <https://www.elespectador.com/politica/uribe-la-revolucion-molecular-disipada-y-la-protesta-como-objetivo-militar-articulo/>

estatal, cuyo alcance y magnitud desnudaron la colisión frontal de fuerzas; una vez más, como al final del Paro de 2019, sin un hito resolutivo nuevos episodios de confrontación estaban por venir.

## **Una nueva fase ascendente: el Paro Nacional de 2021**

Los efectos económicos y sanitarios creados por la pandemia no hicieron más que profundizar la crisis de acumulación que ya experimentaba el capitalismo mundial antes de 2019, reduciendo el margen de maniobra de las clases dominantes para una política basada en concesiones económicas. En marzo de 2021, el gobierno colombiano anunció una nueva reforma tributaria que ampliaba la base gravable, afectando a capas de trabajadores que tradicionalmente no pagaban impuesto a la renta. Las centrales obreras convocaron a una nueva jornada de movilización el 28 de abril para oponerse a la reforma. El clima de agitación social generalizada escaló rápidamente, atizado por las acciones represivas del Estado, que arremetió en contra de procesos de base y activistas sociales en vísperas de la movilización e, incluso, logró que el Tribunal de Cundinamarca declara ilegales las acciones de protesta<sup>15</sup>.

A pesar de la recurrencia de factores que ya habían aparecido en el 2019, la nueva jornada de movilización encontró al país en un momento político distinto y al movimiento social con mayores capacidades organizativas e ideológicas. Ciertamente, el 28 de abril constituyó la síntesis de procesos previos:

- a. A pesar del nivel de beligerancia alcanzado en 2019 y 2020, la crisis no se había traducido en un hito resolutivo que tramitara su desenlace: el gobierno, aún en funciones, optó por una estrategia de contención, desgaste y represión, que no hizo posible una negociación.
- b. En consecuencia, durante los 18 meses anteriores al 28A se desarrollaron formas más abiertas de confrontación social, que decantaron paulatinamente las fuerzas sociales y desnudaron a la vista de sus protagonistas su carácter de clase.
- c. Han madurado de forma consistente las tensiones al interior del campo popular, entre fuerzas sociales emergentes, en las que aún predominaba el espontaneísmo –colectivos juveniles, particularmente–; corrientes renovadoras ya organizadas, como el Consejo Regional Indígena del Cauca o sindicatos de base; y, por otro lado, las cúpulas sindicales–partidistas y otros sectores tradicionales, mayoritarios dentro del Comité Nacional de Paro.

Estos factores se conjugaron para profundizar la crisis política en el país y el quiebre hegemónico de los grupos en el poder, dando forma a un nuevo ciclo de protesta. La reforma tributaria fue derrotada apenas cinco días después, el 2 de mayo de 2021, pero el Paro Nacional de 2021 continuó hasta finales de junio y escaló a nivel nacional; dicho salto cualitativo elevó las expresiones de inconformidad y desplegó formas organizativas que sintetizaban herramientas ya tradicionales de lucha, como la huelga y la marcha multitudinaria, con estrategias construidas desde el 2008 y repertorios embrionarios gestados en la coyuntura del propio Paro Nacional, como los puntos de resistencia en barrios populares de Cali y Bogotá.

Aparece, nuevamente, la coyuntura inmediata como condensador de época. El último gran hito de la movilización urbana en Colombia había sido el Paro Cívico de 1977, que expresó las contradicciones de su momento. En las ciudades, el proceso industrializador constituía

---

<sup>15</sup> Redacción Bogotá (2021, 27 de abril): Tribunal de Cundinamarca ordenó suspender las marchas de esta semana. El Tiempo. <https://www.eltiempo.com/bogota/tribunal-ordena-suspender-marchas-de-este-miercoles-28-de-abril-584285>



uno de los determinantes objetivos de la condición de clase en los años 70, sentando las bases de una forma de lucha obrera que convertía al sindicato en el instrumento organizativo que encuadraba a los trabajadores: la perspectiva del movimiento huelguístico se desarrollaba en el ámbito inmediato de la producción, se proponía detener la creación de plusvalía.

La forma de acumulación del capitalismo contemporáneo no solo transforma las condiciones objetivas de la situación de clase sino sus formas de articularse en la lucha social y política (García, p. 142). En el 2021, primera síntesis de la coyuntura amplia del Paro Nacional, la centralidad de dichas formas asociativas de protesta no emplazó la producción inmediata de mercancías -no tenían manera de hacerlo en un contexto de creciente desarticulación del aparato productivo- sino el ámbito de su circulación: las acciones artísticas en vías nacionales, los cortes de ruta, los puntos permanentes de resistencia son la forma emergente de nuevas formas de existencia histórico-social de las clases trabajadoras en las ciudades.

Por supuesto, la dimensión nacional que adquiere el Paro Nacional en 2021 no constituye un dato puramente cuantitativo, pues interpela las contradicciones del conjunto de la formación económico-social colombiana. En casi todas las ciudades capitales del país se llevaron a cabo marchas multitudinarias entre mayo y junio de 2021, elevando el nivel general de confrontación y el saldo de ciudadanos capturados, heridos o muertos por acciones represivas del Estado. En Bogotá, el protagonismo de las clases populares en 2020 se amplió y diversificó, la protesta social se extendió por toda la ciudad con focos muy intensos de movilización permanente en Suba, Ciudad Bolívar y Usme; a ellos se sumaron puntos de resistencia más o menos duraderos sobre la Autopista Sur, en Soacha, y sobre la Calle 13 hasta la vía que conecta a Bogotá con Sabana de Occidente, tomada varias veces a la altura de Madrid, Mosquera y Facatativá.

En este punto, es posible recentrar el análisis para ubicarlo en Cali, ciudad donde se concentró de forma inusitada la protesta social y la violencia política en el Paro Nacional de 2021. Con una tradición de luchas cívico-populares dinamizada por procesos como Golconda (1968), recuperaciones de tierra lideradas por CRIC desde los 70 y, en las últimas décadas, de la Minga (2008) y el Paro Cívico de Buenaventura (2017), el suroccidente del país ha sido históricamente uno de los focos más intensos de movilización y protesta social. En esa zona, las formas racializadas de explotación y despojo en contra de las comunidades negras e indígenas han creado una importante diversidad de experiencias de lucha territorial y urbano-popular.

Ciertamente, en Cali las formas de protesta social alcanzaron formas más desarrolladas que en otras partes del país, lo que constituye un caso de interés de especial relevancia. Luego de masivas movilizaciones y de la cruenta represión del Estado<sup>16</sup>, se establecieron puntos permanentes de concentración en barrios populares como Aguablanca y Siloe, donde nacieron Puerto Resistencia, Puerto Madero y Puerto Rellena. En cada punto, los manifestantes crearon formas propias de gestión de la actividad organizativa: celebraron asambleas y establecieron brigadas médicas, ollas comunitarias, colectivos artísticos y grupos de la Primera Línea, desarrollando formas aún embrionarias de autogobierno popular.

---

<sup>16</sup> Redacción Colombia (2021, 2 de mayo). Casi mil casos de abuso por parte de la fuerza pública durante las protestas (y podrían ser más). *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia/mas-regiones/casi-mil-casos-de-abuso-por-parte-de-la-fuerza-publica-durante-las-protestas-y-podrian-ser-mas-article/>

Este tipo de expresiones abrió espacios de socialización política donde circularon solidaridades, valores, expectativas comunes que vigorizan la cultura popular. En los puertos, la actividad deliberativa de las asambleas o los episodios de abierta confrontación con las fuerzas del Estado vigorizaron el tejido social, dinamizado por un sujeto político en formación: sus protagonistas son jóvenes desempleados, trabajadores precarizados, mujeres que saltan al terreno de la lucha social, en últimas, por aquellos que resultan ser población excedentaria dentro del proceso general de acumulación de capital.

Como puede verse, este enfoque trata de hallar las dimensiones relacionales e históricas de un sujeto de clase emergente, capaz de agenciar su participación en el ámbito de la lucha social. En los puntos permanentes de resistencia el trabajo coordinado, la fiesta popular animada por muestras artísticas y el momento de encuentro colectivo conforman paulatinamente un horizonte autodeterminativo propio: nuevos contingentes de las clases populares se percatan de la potencia de la lucha organizada y lo posible irrumpe en el campo de la imaginación política.

Por supuesto, se considera aquí que el agrupamiento social y político en clases sociales conforma la base general de los conflictos en una sociedad; ahora bien, la medida en que dicha forma de organización emerja como determinación inmediata depende de las formas político –institucionales o ideológicas de contención que interponga el Estado y otras instituciones, además de la intensidad del propio conflicto.

Para contener el ingreso de la minga a Cali y debilitar las acciones de protesta<sup>17</sup>, el Estado facilitó el despliegue de grupos de choque en Ciudad Jardín; al sur de Cali camionetas y hombres armados recibieron a tiros al CRIC. Estos hechos acentúan las expresiones de clase de la lucha social, incluidas sus dimensiones estéticas: auto–percibirse como ‘la gente de bien’ entraña una concepción del mundo que asocia moral y orden, combativa del modo plebeyo – indígena, negro y popular-, de existir en el espacio público y exigir derechos al Estado.

## Conclusiones

A lo largo de este artículo se ha caracterizado el ciclo de movilizaciones del Paro Nacional como una condensación de época, que difícilmente puede ser explicada por las causas inmediatas que desencadenaron la protesta social. Esta crisis política sintetiza y hace coincidir, en un momento histórico extraordinariamente denso, la incapacidad objetiva del capital para seguir reproduciéndose bajo una forma de acumulación específica, por un lado, con la irrupción masiva de la lucha de masas que elevó el nivel de conciencia y capacidades organizativas del campo popular, por otro, en un contexto de deterioro material y moral de las condiciones de existencia de las clases populares, agudizado por la pandemia.

Por el tipo de fuerzas que protagonizaron las movilizaciones y sus escenarios de disputa, el Paro Nacional fue un fenómeno predominantemente urbano. Las acciones de protesta, marchas, cortes de ruta y asambleas se concentraron significativamente en ciudades como Bogotá y Cali, en ellas participaron de forma generalizada sectores populares y provenientes de las clases medias urbanas. No obstante, a pesar de su volumen e intensidad, fue posible identificar factores diferenciadores que cambiaron los ritmos y repertorios de movilización en cada zona la ciudad: en los barrios populares de las periferias urbanas se extendieron los

---

<sup>17</sup> Estos hechos fueron bien documentados por medios alternativos de comunicación. Ver 404 Productora (2021). Cali: todos gritan. [https://www.youtube.com/watch?v=rnTyiIIXKUQ&t=2391s&ab\\_channel=Cali%3ATodosGritanDocumental](https://www.youtube.com/watch?v=rnTyiIIXKUQ&t=2391s&ab_channel=Cali%3ATodosGritanDocumental)



bloqueos, puntos permanentes de resistencia y huelgas de hambre; en las áreas pericentrales se concentraron las marchas y acciones en las que destacaba la denuncia simbólica.

Estos factores diferenciadores dan cuenta de la consolidación de nuevos sujetos de clase, que encuentran su fundamento material en las relaciones de producción propias de una forma de acumulación que acentúa los rasgos excluyentes del capitalismo dependiente. Dicha condición popular emergente irrumpió masivamente en el terreno de la lucha social y política durante el Paro Nacional, desarrollando tensiones con cúpulas sindicales y, en general, con formas de organización y protesta anteriores.

A pesar de su vertiginoso ascenso e intensidad, el Paro Nacional no ha desembocado aún en un hito resolutivo que instituya un nuevo posicionamiento estratégico de fuerzas sociales: las maniobras de desgaste y contención del Estado, sus acciones represivas y las dificultades para articular de mejor manera las acciones de movilización y formas organizativas emergentes en un horizonte autodeterminativo común, siguen posponiendo un desenlace favorable al campo popular. En las actuales condiciones (2022), este periodo de excepcional concentración de la lucha social y política atraviesa una fase electoral, que puede debilitar el protagonismo de las luchas sociales al interponerle mediaciones institucionales. Sin duda, el resultado de las elecciones será un indicador del estado actual de las relaciones de fuerza, pero difícilmente romperá el equilibrio estratégico de forma inmediata: cabe esperar nuevas fases de confrontación con mayor o menor nivel de intensidad.

Por tanto, puede que el hito resolutivo del Paro Nacional madure en uno de tres escenarios: una salida superadora del orden capitalista actualmente vigente, que desarrolle las formas embrionarias de autogobierno popular que dio a luz el propio Paro; una fórmula política progresista que solvete la crisis hegemónica sobre la base de nuevas alianzas de clase y reformas económicas redistributivas; o una salida autoritaria a la crisis, que recomponga los aspectos fundamentales del modelo económico y trate de aniquilar a las fuerzas sociales que dieron vida al Paro Nacional. La lucha de clases tiende a ser abierta e incierta.

## Referencias

- Antunes, R. (2019): El nuevo proletariado de servicios. *Revista del Observatorio Internacional de Salarios Dignos*, 2(1).
- Aguirre, C. (2012): Las revueltas de 2011 en perspectiva histórica. *Revista Contrahistorias*, 18.
- Arrubla, M. (1964). *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. Editorial Oveja Negra.
- Bensaid, D. (2013): *La política como arte estratégico*. Colección Viento Sur.
- Dos Santos, T. (2020). *Imperialismo y dependencia*. En *Construir soberanía: una interpretación económica de y para América Latina (Vol. II)*. CLACSO.
- García –Linera, Á. (2011): La muerte de la condición obrera del siglo XX. *La Marcha por la Vida*. En *La potencia plebeya*. Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Jaramillo, S. (1981). *Producción de vivienda y capitalismo dependiente: el caso de Bogotá*. Universidad de los Andes.
- Osorio, Jaime (2019): La realidad social como proceso histórico. En *Coyuntura: cuestiones teóricas y políticas*. CLACSO.
- (2012). *Estado, biopoder, exclusión: análisis desde la lógica del capital*. Estado, biopoder, exclusión, 1-159.
- Nun, José (1971). *Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal*. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/7934>
- Luxemburgo, Rosa. (2003). *Huelga de masas, partido y sindicato*. Fundación Federico Engels.
- Pradilla, E. (1987). *Capital, Estado y vivienda en América Latina*. Editorial Fontamar. Ciudad de México
- Thompson, Edward (1991): Observaciones sobre clase y "falsa conciencia" en *Revista Historia Social*.